

Fernández, Víctor Manuel

*Hundir mi camino en esta tierra. Y quedarme.
La encarnación terrena de la espiritualidad
pastoral*

Revista Vida Pastoral, N° 238, 2002

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

FERNANDEZ, Víctor Manuel. *Hundir mi camino en esta tierra. Y quedarme : la encarnación terrena de la espiritualidad pastoral* [en línea]. *Vida Pastoral*, 238 (2002) <http://www.san-pablo.com.ar/vidapastoral/index.php?seccion=articulos&id=39>

Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/rectorado/hundir-camino-esta-tierra-fernandez.pdf> [Fecha de consulta:.....]

(Se recomienda indicar fecha de consulta al final de la cita. Ej: [Fecha de consulta: 19 de agosto de 2010]).

Espiritualidad

Hundir mi camino en esta tierra. Y quedarme

La encarnación terrena
de la espiritualidad pastoral

Autor: [V́ctor Manuel Ferńndez](#)

Tras definir a la espiritualidad como el dinamismo del amor que el Esṕritu imprime en nuestras vidas y que se vive en la actividad evangelizadora, en la presente nota el autor nos muestra ćmo la acci3n del Esṕritu ha sido plena en la Encarnaci3n del Hijo de Dios y por eso nuestra espiritualidad pastoral debe entenderse a partir de ese dinamismo de encarnaci3n.

1. Prolongaci3n de la Encarnaci3n

El Esṕritu Santo no puede obrar en nosotros de una manera que contradiga lo que se manifest3 en la vida de Jes3s, por lo cual siempre provoca, en nosotros, un dinamismo que es seguimiento, imitaci3n y prolongaci3n creativa de su modo de vivir.

"El Esṕritu de Cristo est3 normado por lo que fue la vida de Jes3s, aunque no se agote en ella, y por eso no puede abandonar la normatividad hist3rica de Jes3s en nombre de un Esṕritu desencarnado y deshistorizado. La espiritualidad cristiana es necesariamente un seguimiento de Jes3s" (I. Ellacuría, "Espiritualidad: teología fundamental": C. Floristán y J. J. Tamayo (ed.) *Conceptos fundamentales del cristianismo*, Madrid, 1993, p. 416).

El dinamismo realizado en Jes3s por el Esṕritu, es el dinamismo del Hijo de Dios que se *encarna* asumiendo la *historia* del hombre. Por lo tanto, así ser3 la espiritualidad cristiana: *encarnada en la historia* donde Dios nos inserta. El Esṕritu Santo siempre buscar3 que lo que él siembra en nuestra intimidad se encarne en nuestra relaci3n con el mundo:

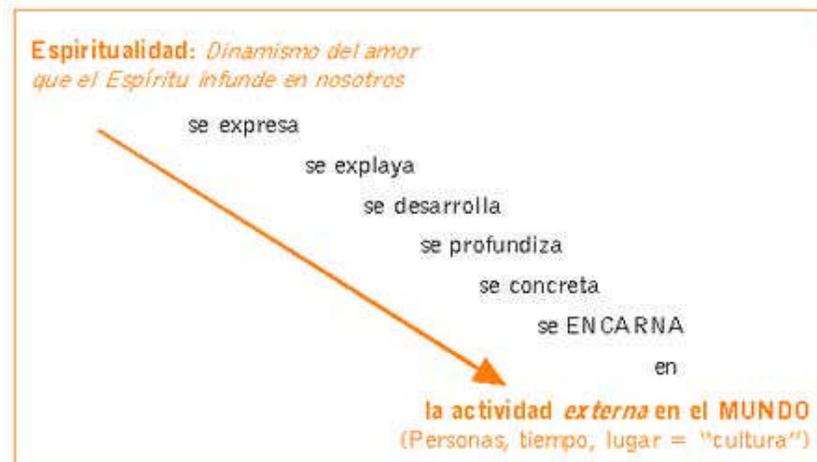
"El seguimiento de Jes3s es caminar hacia Dios y caminar con Dios en la historia. A ese caminar es al que invita Dios, y ese caminar es la espiritualidad" (J. Sobrino, *Espiritualidad y seguimiento de Jes3s: Mysterium Liberationis* II, pp. 449-476).

Cuando hay una dicotomía entre nuestra vida privada y nuestra relaci3n con lo externo, y se vive la actividad externa y el mundo como un peligro para la espiritualidad, no hay verdadero seguimiento de Jes3s; en consecuencia el evangelizador estar3 a la defensiva cuidando sus tiempos y espacios privados.

2. Distintos aspectos de este proceso

Veamos ahora, con mayor precisi3n, qu3 significa que el dinamismo espiritual que infunde el Esṕritu en nuestro interior se hace presente en nuestra relaci3n con el

mundo. En el siguiente esquema visualizamos este proceso espiritual de mundanización:



Expliquemos brevemente esta dinámica:

a) La espiritualidad "se expresa" de un modo nuevo cuando nos insertamos en la vida de la gente y en su cultura. Por eso, para discernir la autenticidad y la intensidad de nuestro amor a Dios, es necesario ver hasta qué punto nos hemos introducido amorosamente en el mundo de nuestro pueblo... *quien dice que está en la luz pero no ama a su hermano, está todavía en las tinieblas* (1Jn 2, 9); *...nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos* (1Jn 3, 14). *El que dice que ama a Dios pero no ama al hermano es un mentiroso* (1Jn 4, 20).

Es evidente, entonces, que el amor al hermano es la expresión externa indispensable del amor a Dios que guardamos en nuestro interior. Esta expresión debe consistir en "actos" de amor a los demás, y no sólo en sentimientos internos, ya que *si alguien vive en la abundancia y viendo a un hermano en la necesidad le cierra su corazón, ¿Cómo permanecerá en él el amor de Dios? Hijos míos, no amemos sólo con la lengua y de palabra, sino con obras* (1Jn 3, 17-18).

Los actos externos de amor al pueblo son una expresión *necesaria* de la espiritualidad.

b) ¿Qué significa que la espiritualidad "se explaya"? Que sale del mundo de la intimidad y de la privacidad, que es siempre limitado, para *liberarse de esos confines* y presentarse en el espacio, más amplio, del Pueblo de Dios que es la riqueza de la vida del mundo.

c) La espiritualidad, al pasar al ámbito del encuentro con los demás, *se desarrolla*. Esto significa que al expresarse y explayarse en el mundo se enriquece porque alcanza *nuevos modos de ser*. El amor interno a Dios, al tocar otros ámbitos y situaciones, produce nuevos actos que tienen otras características. Al producir estos actos diferentes, se desarrollan nuevas potencialidades del amor, que así crece.

d) Pero todavía no es suficiente decir esto. Es necesario agregar que, al expandirse en el mundo externo y realizar otro tipo de actos, el dinamismo espiritual "se profundiza", es decir que se arraiga más profundamente en el corazón humano. Los actos internos

de amor a Dios, aunque tengan una apariencia mística y lleven una gran carga de emotividad, pueden ser muy superficiales, por no haber alcanzado la hondura de la voluntad. En cambio, al convertirse en actos externos de amor al prójimo hasta el punto de introducirse en la vida de los hermanos, ese amor a Dios crece como identificación de la propia voluntad con la Voluntad de Dios, renunciando a la autonomía y al apego a los espacios privados. Al penetrar en lo profundo de la voluntad humana, el amor a Dios se hace auténtico y libre, porque procede de lo más íntimo de la persona. Cuando los actos externos son verdaderamente actos de amor al prójimo que nos llevan a identificarnos con él, no dificultan la contemplación sino que, como decía San Buenaventura, "la hacen más fácil" (*IV Sent.* 37, 1, 3, ad 6). Porque abriendo el corazón a *este* hermano concreto, estamos permitiendo que se abra una cuña en el corazón para que allí penetre el amor de Dios y así podamos amarlo con más profundidad.

e) Agreguemos que, al pasar al mundo externo, el dinamismo del amor "se concreta". Esto sucede en los actos del culto comunitario, de la evangelización y del servicio.

Puede suceder que alguien no pueda, de momento, realizar esa inserción en el mundo y concrete su amor a Dios solamente en actos internos de amor al prójimo, como la oración de intercesión. En ese caso, no se trataría de un amor a Dios que "hace abstracción" del mundo. Sin embargo, el proceso ordinario de crecimiento requiere que el amor se convierta en gestos *en* el mundo "concreto" donde se vive. De otro modo, se estaría escapando a la voluntad de Dios que nos ha colocado en un lugar de la tierra y quiere que imitemos a su Hijo encarnado, que concretó su amor introduciéndose de lleno en la vida de su pueblo.

La espiritualidad que "se concreta" es, en definitiva, la que adquiere una forma externa *gracias a las dimensiones externas del ser humano que ama*: ese ser humano no se reduce a una intimidad mental y afectiva, sino que es también un cuerpo, un mundo de relaciones, un ser que se inserta en el tiempo y en el espacio. Cuando el amor se traduce en un acto que alcanza al mundo externo concreto, tal como es, toca e implica al hombre *entero*, corpóreo, situado, y así llega a ser un acto acabado de amor.

f) De lo anterior se deduce que, al insertarse en el conjunto de relaciones con el mundo externo, la espiritualidad "se encarna": Juan Pablo II invitó a *rechazar la tentación de una espiritualidad oculta e individualista, que poco tiene que ver con las exigencias de la caridad, ni con la lógica de la Encarnación (Novo milenio ineunte 52)*. Encarnarse, como el Hijo de Dios, significa que la espiritualidad asume el estilo de vida, los gustos y el modo de ser de las personas amadas. La inculturación del Evangelio es la inculturación de la espiritualidad.

Por eso, el evangelizador debería vivir la dispersión misma como un llamado de Dios, como un designio del amor de Dios que lo introduce cotidianamente en esa dispersión para prolongar el misterio de su Hijo encarnado.

El evangelizador se hace para Jesús –como gustaba decir Isabel de la Trinidad– una suerte de "humanidad suplementaria", que introduce la eficacia de la Pascua *en los rincones y trechos de esta historia local*: en esta diócesis, en este pueblo, en este barrio. Al asumir la vida de ese lugar, la espiritualidad se ve modificada por las características de esa cultura.

3. Asumir el mundo

Lo que acabamos de afirmar nos muestra que no hay verdadera encarnación de la espiritualidad sin una actitud receptiva y contemplativa del mundo externo.

Al pasar a la acción, la espiritualidad es embellecida con las características que recibe del lugar concreto en el que se ejerce el ministerio, es decir, de la cultura de la gente a la cual se sirve, de su pequeña historia, etcétera. La espiritualidad encarnada implica desarrollar el hábito de estar abierto a las personas tal como son en su contexto concreto, prestándoles una atención amable, interesada, amante y convencida de que son verdaderamente importantes para el propio corazón.

De este modo comprendemos que la vida teologal no es sólo contemplación de Dios, sino también *contemplación del hermano y del mundo que resulta de la interacción entre los seres humanos*, y que se realiza en el diálogo, en el encuentro, en la escucha y en la observación detenida en medio de la actividad evangelizadora (*Novo millennio ineunte* 56). Precisamente porque cree en el Espíritu Santo, artífice primero de toda auténtica espiritualidad, el evangelizador está siempre abierto a la contemplación del prójimo, a la admiración de lo que el Espíritu hace en la vida del mundo y a dejarse enriquecer por lo que hay de bueno fuera de sí. Enamorado del mundo, se eleva a una adoración de Dios que nunca deja de ser "mundana".

Este *éxtasis receptivo* ante el mundo puede percibirse en un hombre que fomentó el diálogo entre la Iglesia y el mundo: el papa Pablo VI. En él no encontramos la "huida del mundo", ni siquiera cuando se acercaba su muerte; al contrario, moría contemplándolo y queriendo llevárselo con él: "Cierro los ojos ante esta tierra doliente, dramática y magnífica". Esta percepción de la belleza, a veces dramática, que el Espíritu derrama con su luz en la vida del mundo, es precisamente lo que vive cada evangelizador en su tierra y en su limitada historia.

4. En cada región, en cada ciudad, en cada barrio

Podría suponerse que la inculturación de la espiritualidad se realiza espontáneamente cuando un agente pastoral ha crecido en el lugar donde ejerce su actividad evangelizadora, porque lleva incorporadas las características de esa cultura. Esto es verdad, siempre y cuando no advirtamos en tal agente pastoral que no ama el lugar en el que nació y se crió, o que tiene una mirada despectiva ante el pueblo, o que su forma de ser y de vivir es muy distinta a la del común de la gente, y habla un lenguaje que nadie entiende proponiendo cosas que a nadie le interesan. Es decir que su espiritualidad (vida teologal) no se ha encarnado en el lugar donde evangeliza aunque se sienta espontáneamente inserto en su cultura. La cultura de un lugar se define por las muchas historias que sólo allí se han vivido, y que han ido configurando una identidad y un conjunto de inclinaciones, preocupaciones e intereses comunes; un lenguaje, unos símbolos y un código de pensamiento y de sentimientos con los cuales los habitantes de ese lugar *se entienden fácilmente* entre sí, son "cómplices"; cosa que no les sucede al salir de su terruño, grande o pequeño. "Afuera" sienten que no pueden entenderse tan simplemente porque determinados temas pasan a ser intrascendentes, determinadas expresiones no se captan espontáneamente y algunas historias son ignoradas y no los afectan. Entendiéndolo así veremos que hasta la más pequeña población tiene una cultura propia. No concebimos a la cultura como el conjunto de las notas llamativas, las costumbres muy pintorescas y las características extraordinarias del modo de vivir de un lugar; si así fuera, es posible que un evangelizador sienta que su región no se distingue demasiado de las regiones vecinas, y por lo tanto deduce que allí no es necesario un esfuerzo de inculturación.

5. Caminar con el pueblo

Para explicar mejor este proceso de inculturación podemos acudir a la categoría de amistad porque los amigos son parecidos, o con el tiempo se hacen cada vez más semejantes en sus gustos, ideas y deseos. La encarnación *de la espiritualidad* es hacerse cada vez más parecidos a la gente que se evangeliza, y dejarse enriquecer por su modo de orar y por su manera de buscar a Dios. (*Evangelii Nuntiandi* 63). Los obispos asiáticos nos describen el dinamismo de la inculturación, con palabras que vale la pena citar: "...una Iglesia en continuo, humilde y amable diálogo con las tradiciones vivientes, las culturas, las religiones, y en definitiva, con todas las realidades de la vida de un pueblo, en medio del cual ha hundido profundamente sus caminos y cuya historia y vida ha hecho gozosamente propias" (*"His Gospel to Our peoples". Texts, Documents and other papers from the Federation Asian Bishops. Conferences in connection with the third General Synod of Bishops*, Roma 1974, vol. 2, p. 332).

Es necesario destacar que, cuando un agente pastoral vive en un lugar cuya cultura ya ha sido tocada por el Evangelio, encontrará, seguramente, una espiritualidad popular, una piedad popular o, en definitiva, una "espiritualidad inculturada", porque la inculturación es *la forma concreta de alianza entre Dios y los hombres de este lugar y en este tiempo* (Juan Pablo II, *Discurso a los religiosos y religiosas en Kinshasa y en Uganda*, agosto 1985).

Las expresiones de la piedad popular son el "signo del enraizarse de la fe en el corazón de los diversos pueblos y de su entrada en el ámbito de lo cotidiano". En este sentido, "la religiosidad popular es la primera y fundamental forma de inculturación de la fe". Esa piedad hecha cultura se vive espontáneamente, como parte inseparable de la propia vida, y por eso es más que una serie de nociones: *Fecunda la fe desde el corazón* (Congregación para el culto divino y la disciplina de los sacramentos, *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia. Principios y orientaciones*, Ciudad del Vaticano 2002, 91).

Para que un evangelizador pueda insertarse verdaderamente en la vida de ese pueblo y ayudarlo a crecer, es indispensable que se produzca un proceso de "inculturación" que lo lleve a amar esa espiritualidad popular y expresar él mismo su propia fe y su amor a Dios *con esos signos y esos gestos, superando los condicionamientos del propio ambiente de origen* (*Redemptoris missio* 53).

6. Libre y personalmente comunitario

Entendemos que un agente pastoral no debe forzarse a realizar una copia perfecta de lo que vive y expresa ese pueblo, porque como ser personal está llamado a realizar una reproducción activa y *creativa*. De hecho, con la expresión "inculturación" la sociología designa principalmente "el proceso de transmisión y comunicación a través de códigos, tanto lingüísticos como icónicos, de valores, normas de vida y pautas de comportamiento de un determinado grupo socio-cultural a las nuevas generaciones que surgen... Se trata del proceso a través del cual el individuo recibe, asimila, *reinterpreta y asume activamente* la cultura en la cual nace o *de la cual efectivamente comienza a formar parte*" (A. Do Carmo Cheuiche, *Marco de referencia actual sobre la problemática de la inculturación*, en *Medellín* 60, 1989, pp. 443-444). Sólo cuando un contexto cultural se reinterpreta y asume creativamente en la propia vida, puede decirse que ha sido verdaderamente asumido y que se ha superado la dicotomía entre lo personal y lo cultural. Esto será auténtico cuando en la oración *íntima y personal* del

evangelizador aparezcan, transfiguradas y personalizadas, las notas culturales del pueblo. En la medida en que la inculturación sea verdaderamente personal, se hará cada vez más espontáneo orar en la soledad así como ora el pueblo, con sus expresiones, signos, inquietudes, deseos e imágenes. Así se confirma que la cultura espiritual del pueblo ha entrado de un modo personalísimo en la vida del evangelizador, y no sólo como un recurso diplomático o pragmático, o como un barniz de empatía en busca de una mayor eficiencia pastoral.

Al insertarse en un pueblo, el evangelizador comienza a participar creativamente de todas las notas legítimas de la manera de vivir de ese pueblo, y no sólo de su modo de orar: también hace propias –en una nueva síntesis– sus preferencias musicales, su modo de hablar, su estilo de vida, sus gustos, sus costumbres, su manera de amar (*Evangelii nuntiandi* 63). En definitiva se llega a gozar "religiosamente" de las mismas cosas que el pueblo disfruta, incorporándolas en la propia relación con Dios, en la celebración eucarística y en la acción de gracias; identificándose con la gente por amor, y amando lo que ella ama y como ella lo ama, prolongando así el misterio de la Encarnación. Es un llamado a ampliar los cánones estéticos, para reconocer belleza en otras expresiones culturales, trascendiendo la perfección técnica o la calidad artística; en sus opciones estéticas el evangelizador reconoce lo bello como aquello *que está dotado de la fuerza de producir un mundo: de crear y recrear a su alrededor una comunidad* (G. Vattimo, "La nueva experiencia estética", *El País* 1/8/1987, pp. 8-9). De esta manera, la estructura mental y afectiva del evangelizador va perdiendo poco a poco la polaridad "yo-ellos" y comienza a pensar y a sentir como parte de un "nosotros".

7. Como Jesús

Esta prolongación de la Encarnación es vivir entre el pueblo y en una tierra como el Hijo de Dios hecho carne. Porque él iba y venía por los caminos de Galilea sin dejar de contemplar los pájaros y las flores de su tierra (Lc 12, 24-28), comía y bebía con los pecadores (Mt 11, 19) y se entretenía gustoso con los niños de su pueblo (Mc 10, 13-16). Esa compenetración con su tierra y con su pueblo caracterizaba su modo de amar, y era parte de la "espiritualidad" de Jesús:

El propio Verbo encarnado quiso participar de la vida social humana. Asistió a las bodas de Caná, bajó a la casa de Zaqueo, comió con publicanos y pecadores. Reveló el amor del Padre y la excelsa vocación del hombre evocando las relaciones más comunes de la vida social y sirviéndose del lenguaje y de las imágenes de la vida diaria corriente. Sometiéndose voluntariamente a las leyes de su patria, santificó los vínculos humanos, sobre todo los de la familia, fuente de la vida social. Eligió la vida propia de un trabajador de su tiempo y de su tierra (Gaudium et spes 32).

Por eso, todo evangelizador está llamado a "inculturarse" en la tierra donde vive *con el mismo afecto con que Cristo se unió por su encarnación a las determinadas condiciones sociales y culturales de los hombres con quienes convivió (Ad gentes 10)*, y ha de reflejar su *espiritualidad en el ambiente de la sociedad y de la cultura patria, según las tradiciones de su nación (Ad gentes 21)*. De este modo, los agentes pastorales, "familiarizados con sus tradiciones nacionales y religiosas, descubren con gozo y respeto las semillas de la Palabra que en ellas laten", y pueden *advertir en diálogo sincero y paciente las riquezas que Dios generoso ha distribuido a la gente (Ad gentes 11)*.

Sólo así se transmitirá el Evangelio "de manera creíble y fructífera" y se podrá "comprender, apreciar, promover y evangelizar" el ambiente donde actúen (*Redemptoris missio* 53).

Según todas las reflexiones expuestas, podemos completar el esquema anterior:

